

que ciegos se han prestado á nuestra em-
(presa, irán muriendo mientras conservados
nosotros, y por ellos sostenidos
iremos otros pueblos levantando
contra Méjico. Al fin, sus defensores
sucumbirán del hambre á los estragos.

Por último, atacarlos no debemos,
pues en sus puestos han manifestado
gran valor y constancia; y hoy que tienen
por caudillo ese jóven tan osado,
harán una defensa sostenida
y á nuestra ruina nos encaminamos:
mi opinion es aquesta.

Cortés. Hable ahora
el azote de Méjico, Alvarado.

Alvarado. Ya se sabe de mí, que no me arrime
nunca, al partido de los moderados;
mi mote es sangre y fuego, y solo aquesto
mi corazon dilata; yo no trato
de dar cuartel á nadie, ni tampoco
de retirarnos, á lo que me allano
es á dar el asalto, pues un sitio
sobre ser muy penoso y dilatado,
nos esponé á otro riesgo, en que ninguno
hasta ahora, Cortés, ha meditado.

Este es el que los indios tlaxcaltecas
y demas, pueden ser desengañados;
y si comprenden nuestras intenciones,
y que han de ser despues del mejicano,
objeto de conquista, ya se deja
considerar que nos saliera caro
el arrojó de hacerlos instrumentos
para la destruccion de sus hermanos.

Por lo espuesto, señores, me parece

que lo mejor será dar el asalto,
y darlo pronto, dilatando solo
el tiempo necesario á reforzarnos
de mas indios amigos.

Cortés. Diga ahora
Tapia su parecer.

Tapia. Soy inclinado
al de Alvarado en todo, y me suscribo
desde luego por él, solo agregando
que para que se logre sin gran riesgo
debemos de poner mucho cuidado
en que de los aliados las legiones
lleven lo mas resgoso del asalto.
Destruyan, pues lo quieren afanosos
el colosal poder del mejicano;
pero caigan con él, y paguen pronto
haber á sus hermanos traicionado.

Cortés. Ya que habeis vuestros votos emitido,
el mio es, en sus puntos atacarlos
con tal teson y ardor, que se amedrenten,
y rendidos al fin, esterminarlos:
para esto ya he pedido nuevas fuerzas
de tlaxcaltecas y demas aliados;
y en cuanto lleguen, el asalto habemos
de dar de esta manera. Tú Alvarado,
con ochenta españoles y unos tercios
de diez ó doce mil de los aliados,
atacarás un punto, mientras tanto
Tapia por el opuesto penetrando
les llama la atencion, con otro cuupo
de doce ó quince mil, con cien cristianos;
y yo, con todo el grueso me dirijo
á la calzada que de Azteapuzalco
á Méjico conduce, y protejiendo
irán los bergantines por el lago

nuestras operaciones, é impidiendo que de Méjico salgan embarcados los indios á cortarnos las calzadas, como otras veces ya lo han intentado.

Tambien los bergantines mas veloces á Holguin confio, para que avisado acuda á todas partes, y que observe si de Méjico salen los contrarios con ánimo de fuga, y los aprese.

Y por fin, para dar mayor conato á nuestro plan, y el enemigo quede imposibilitado de hacer daño, determino ir quemando cuanto avance, y á todo prisionero degollando.

Los indios partidarios, seducidos por la codicia pelearán de pasmo; pues cuantas plumas, mantas, y frioleras caigan, se las daremos reservando para nosotros lo de plata y oro. ¡Oh Méjico, tu fin está cercano! y el valor de tu rey te sirve solo á hacer mayor tu inevitable estrago.

Con todo, caballeros, un recelo tengo, que ya no debo de ocultaros: si es ese Cuauhtemótzin tan astuto como dicen ¿no puede haber hallado modo de seducir nuestros amigos, y hacer que en un acaso inesperado, en un lance preciso, en un peligro, nos falten, ó abandonen nuestro campo? yo de ellos no me fio, aunque simulo; y aun hago mas, los mimo y los halago, para desvanecer cualquier sospecha que pudieran tener.

Alvarado. Muy bien pensado:

cuanto malo se piense de traidores que á su patria y deberes han faltado.

Tapia. En efecto, señores, nadie debe confiarse de quien rompe los sagrados vínculos que nos unen á la patria, y de ella atiza luego los estragos.

Cortés. No hay otro medio, que servirnos de ellos mientras ciegos están ó alucinados, y conseguido el logro de la empresa ya veremos qué hacer con tales bárbaros.

Una señal de ataque combinemos, puesto que hemos de obrar todos lejanos y sin vernos, y pienso que ésta sea un tiro de calibre, disparado por dos veces seguidas.

Holguin. Convenido: y para que yo acuda reforzando á quien lo necesite, ¿cuál la seña será de inteligencia?

Cortés. Disparados tres arcabuces, con igual distancia, serán de tiempo en tiempo.

Holguin. Ya enterado quedo de todo.

Cortés. Ahora solo falta prevenir, que el que llegue hasta el mercado ó palacio del príncipe, lo avise haciendo disparar tres cañonazos sobre el templo mayor, y así los otros con este anuncio abreviarán el paso, y cargando con fuerza por sus rumbos todo será destruido, ó abrasado: ya, capitanes, se nos llega el tiempo de ver nuestros esfuerzos coronados,

ó morir en la lid; mas yo confío
en vuestro aliento y glorias.

Holguin. Un aliado
hácia acá se dirige presuroso.

Cortés. Veremos qué nos dice. . . . *Holguin*, en-
(tradlo.

(Sale *Holguin* é introduce á *Otalistli*.)

Otalistli. General, participo que ahora mismo
ha llegado de Méjico á mi campo
un guerrero que quiere te se diga,
que á hablarte por su príncipe es enviado.

Cortés. Id, amigo, y traedlo á mi presencia
(vase *Otalistli*.)

sin duda el mejicano se ha inclinado
á la paz, ya movido por el hambre,
ó con nuestros esfuerzos consternado.

Tapia. ¿Quién lo duda? los indios ya no tienen
viveres, ni esperanza, y es colmado
su sufrimiento; pues hasta agua dulce
les falta, por haberles yo cortado
ayer, el acueducto que conduce
la que reciben por Aztecapulzaleo.

Alvarado. Muy bien hecho; perezcan de miseria
esos que resistir han intentado
de nuestras armas, el constante triunfo,
y de su Moctezuma los mandatos.

Rebeldes como aquestos, morir deben,
y lavar con su sangre el desacato
de desobedecer á su monarca,
que rendirnos las armas ha mandado:
siendo así, que no solo no lo cumplen,
sino que invisten con el regio manto
á quien piensa librarlos del castigo

que en nosotros el cielo ha deparado
á su traicion infame y rebeldia.

Cortés. Paréceme que llega ya el enviado
con *Otalistli*.

Holguin. Y en su faz indica
que nuestra compasion viene implorando.

[Sale *Otalistli* y *Chiltemaco*.]

Otalistli. Señor, aquí presento al que ha venido
buscando tu persona.

Chiltem. *Chiltemaco*
me llamo; y aunque tú no me conozcas
por mi nombre, bien soy de tus soldados
conocido en la lid; pues mi macana
á muchos de ellos la leccion ha dado,
de que no se encadena impunemente
á hombres que el cielo libres ha formado.

Cortés. Muy alto y sin respeto osas hablarme,
y atrevido pareces, mejicano;
bien se deja entender que eres hechura
del que el trono de Méjico ha usurpado
á Moctezuma, y revelarse supo
contra su rey legítimo; y osado
proclamarse cabeza de un imperio
que al de España habia sido encomendado.

Chiltem. Yo no debo, *Cortés*, satisfacerte;
mas ya que esta materia se ha tocado,
antes de que te diga á lo que vengo
volveré por mi honor que has ultrajado.

No soy rebelde, ni lealtad se debe
á monarca tan débil, que ha llegado
al extremo de dar lo que no es dable:
hablo de Moctezuma, que si osado
por engaño ó intrigas, le dió entrada
en su imperio y su corte á un temerario,

nosotros no pudimos sujetarnos
á obedecer preceptos arrancados
contra su voluntad, con amenazas,
ó por tu astucia y artes alcanzados.

El imperio que obtuvo, por el cielo
á él y sus ascendientes les fué dado
en custodia no mas, no en patrimonio;
para ser por su ciencia gobernado,
no cedido á un estraño: y si él por miedo
á tal punto de afrenta se ha humillado,
nosotros no debimos obediencia
á hombre tan débil, y á su vez nombramos
con libertad, y á gusto de los pueblos,
á Cuiclahuazin, su menor hermano.

Este grande hombre, libertarnos pudo
de nuestras plagas, pues con fuerte mano
tomó las riendas del gobierno, y puso
los públicos asuntos de orden vario;
pero la cruda parca cortó el hilo
á su importante vida, no llegando
con dolor para todos sus adictos,
á ochenta soles los de su reinado.

Viéndonos otra vez, ya sin monarca,
urgentemente de nombrar tratamos
otro que nos gobierne, nos defienda,
y nos sostenga, en fin, bajo su amparo.

Este fué Cuauhtemotzin, hombre digno,
en quien la patria mira retratados
el valor de su tío Cuiclahuatzin,
la heroicidad de sus antepasados,
la piedad que los dioses recomiendan,
y el carácter del pueblo mejicano.

En su nombre á tí vengo en este día,
presta atencion, y escucha su recado:
no te pide cuartel, tampoco quiere

que levantes el sitio comenzado,
al contrario, suplica que lo estreches;
lo que te pide con afecto humano
es, permitas saquemos de la plaza
las mugeres y niños, los ancianos,
los sacerdotes y los infelices
que no son por sus clases obligados
á sufrir los estragos de la guerra.

Si lo concedes, te mandará en cambio
cien peones bien cargados de oro y plata;
á mas de otros muchísimos regalos
que conmigo remite, y que conducen
mis Topiles que quedan esperando.

Yo, que concedas esto te suplico;
la humanidad lo exige, el cielo santo
lo premiará tambien, y solo espero
la respuesta que das.

Cortés. Anda, y dí á tu amo
que no puedo acceder á lo que pide;
y que no soy tan simple que no alcanzo
su objeto, y que no entabla la demanda
sino tan solamente procurando
que disminuyan los consumidores,
por mantener mas tiempo sus soldados.
Que ablandarme con dádivas no crea;
y si insiste en que salgan los ancianos
y demas que me dices, tenga cierto
que serán en mi campo degollados,
sin esceptuar á nadie: y que tú vuelves
con cabeza á su vista, porque mando
le tornes la respuesta del mensaje
que me trajiste como su encargado;

Se levanta.

mas si vuelves con otro, ve entendido que en el acto serás decapitado. *Entrase.*

Chiltem. Yo tambien te aseguro por mi parte, que concluido el asunto á que fui enviado, regresaré á tu campo, no lo dudes; mas no de embajador, sino soldado que sostengo mi patria y que no temo las amenazas de ningun tirano.

Alvarado. Mira indio, que ya excede tu osadía á mi paciencia, que me estoy quemando de ver cómo te sufre, quien no debe ni aun oírte siquiera.

Chiltem. ¿Pues acaso son ustedes mejores que los dioses? y si á estos cuando quiero yo, les hablo, ¿por qué no puedo usar de la palabra con hombres como yo? ya no os juzgamos deidades, como ayer, hombres os vemos, pero hombres llenos de crueldad y engaños.

Vase.

Holguin. A indio tan insolente, yo lo habria de un puntapié al infierno despachado; mas me contuvo por su gran fortuna, de Cortés la presencia.

Tapia. Mal ha obrado Don Fernando, en oír con tanta calma los insultos de aqueste mejicano orgulloso y altivo, á quien debia cuando menos, mandar amordazarlo.

Vanse Holguin y Tapia.

Alvarado. Ni hablar me dejan la vergüenza y rabia de verme por un indio vulnerado, pero... yo le prometo que le pese, y tenga que acordarse de Alvarado.

ACTO SEGUNDO.

*Cuauhlemótzin y Tecuichpótzin sentados en el trono:
acompañamiento.*

Cuauhlem. No puedes figurarte, amada esposa, lo que mi corazon ha padecido desde el momento en que el reunido pueblo, con el regio carácter me ha investido: antes sufrí, cual todos, lamentando de mi patria adorada los destinos, y absorto con tan raros accidentes tuve el pecho al dolor empedernido; mas hoy, que por mi signo destinado á volver á mi patria el lustre y brillo que le quitára, de un monarca débil la imbécil apatía, ya me miro cercado de cuidados, de quebrantos, sinsabores, y en fin, males continuos: ya tu alma encantadora no me eleva, ya no hacen mella en mí tus atractivos; los placeres del mundo, las grandezas, ni aun el ruido del trono, son motivos á mitigar en algo tanta pena, tormentos tantos de mi cruel destino.
¡Oh Méjico querido! ¡Oh cara patria, á qué extremo me tienes abatido!
¡Oh triste pueblo, de miseria y hambre en tu último recinto reducido!

El imperio de Anáhuac que contara desde el ardiente sur al norte frío una estension tan vasta, y cuyas armas fueron el pasmo de sus enemigos, ¡hoy es la befa de unos bandoleros, de unos usurpadores asesinos! esta opulenta corte, cuyo centro era de los placeres el asilo, ¡hoy saqueada, abrasada, muestra solo de la miseria el esqueleto frío! su monarca, otro tiempo tan potente que hasta el sol empañaba ante él su brillo, ¡víctima muere de sus opresores y encadenado con infames grillos!

Y yo que le sucedo ¡es para hallarme en el lance funesto, el cruel conflicto, de ver mi patria presa de unos monstruos abortados del hondo del abismo! antes morir mil veces, que esto vea; sí, la muerte será mi único alivio.

Tecuichp. Dulce esposo adorado, no te aflijas, no te exasperes, apreciable amigo; ni el tormento que sufres multipliques con el recuerdo amargo y tan continuo de tus padecimientos; ten confianza en que los dioses mudarán benignos sus decretos, y acaso ya el remedio están dictando desde el alto olimpo. ¿Puedes dudarlo, cuando fervorosos á su piedad nos hemos acogido?

Demás de esto, ¿qué ganas recordando las aflicciones de tu cruel destido, sino afigirte mas! sufre, y confía en los dioses, que al fin darán alivio á tu angustiado corazon.

Cuauht. Si solo, Tecuichpótzin, sintiera el dolor mio, ¡cuán feliz me encontrara! pero, amada, sobre mi propio natural conflicto gravita el de ese pueblo desgraciado, de cuyas aflicciones soy testigo: ese infelice pueblo, que sufriendo está con tanta angustia su martirio, bebiéndose sus lágrimas, comiendo de las propias entrañas de sus hijos: este es mi gran tormento, prenda mia, y para remediarle he consentido el paso vergonzoso de que vaya Chiltemaco á implorar del enemigo la gracia, que conceda paso franco á las mugeres, y á los tiernos niños, que á centenares mueren de miseria; y puedo asegurar si lo consigo que el odio que profeso á esos tiranos se desvanezca un tanto, y aun medito enviarles un regalo en recompensa, de ese metal funesto, á que los miro tan inclinados, y quizá es la causa de todos nuestros males.

Tecuichp. Infinito me alegraré consigamos la gracia que has implorado de ellos, é imagino que la habrán otorgado, pues lo indica á mi leal corazon un vaticinio.

Cuauht. Pues el mio me indica lo contrario; ¡plegue á Dios que se engañe!

Tecuichp. Ya ha venido á lo que me parece, Chiltemaco; el pueblo lo demuestra con su ruido.

Cuauht. Venga con bien, y logren mis angustias
en tanto sufrimiento algun alivio.

Sale Chillemaco y dice.

Señor, obedeciendo tus mandatos
fui de los castellanos hasta el sitio,
y pluguiera á Dios que antes que allá llegase
me tragara la tierra que ahora piso.

Esos hombres, señor, no son humanos,
aborto son sin duda del abismo,
ó parto del infierno, si es que acaso
no fuesen ellos el infierno mismo.

Se niegan tenazmente á tu demanda,
nos insultan y burlan, y me han dicho
que si insistieses, y la gente sale
un palmo de terreno del recinto,
todos perecen sin remedio alguno,
de sus armas mortales á los filos.

Cuauht. ¡Oh desgracia fatal! oh duro trance,
que haces mis sufrimientos mas activos!
¡Oh Dioses inmortales! ¿hasta cuándo
dais á mi padecer algun alivio?

Chillem. El impaciente pueblo, por las calles
con ánsia el resultado saber quiso
de mi mision, y cuando ya lo sabe
dá el llanto, de sus penas cruel indicio.

Cuauht. Ea pues, mejicanos, á la patria
hagámos el postrero sacrificio
muriendo en su defensa, y por salvarla;
al primer sol, amigos, determino
reunir todas las fuerzas disponibles,
y trabar un combate decisivo:
si las líneas rompemos, y llegamos
á los pueblos que están circunvecinos,
tomaremos aliento, y reforzados

volveremos despues al enemigo
con tanta gente que se asombre al verla;
pero antes pienso hacer que con sigilo,
á mi esposa y tesoro, retiremos
de este trance funesto, de este abismo.

Veinte buenas piraguas tripuladas
por guerreros valientes y escogidos,
al mando de un caudillo de experiencia
saldrán para Zumpango, con destino
de efectuar esta marcha interesante
en que la suerte de mi esposa cifro;
para mejor lograrlo, trataremos
de llamar la atencion al enemigo
por el rumbo contrario, donde haremos
esta noche, que se halle entretenido
entre tanto navegan las piraguas;
que si por un acaso en el conflicto
se vieren, de caer de los cristianos
en el poder (con qué dolor lo digo)
muera mi esposa á manos de un guerrero,
y sea su cuerpo al lago sumergido.

Esposa idolatrada, esto es terrible,
pero lo es mas, el ser del enemigo
la burla y el ultrage: ¿tú te allanas
á sufrir resignada el sacrificio?

Tecvichp. No tan solo lo haré porque es tu gusto
sino porque este ha sido mi designio
constantemente, pues primero tengo
voluntad de acabar con el suicidio,
que ser la presa de hombres detestables,

Cuauht. No esperaba otra cosa de tus bríos;
y ese tesoro que codicia tanto
el castellano, en el momento mismo
tambien al lago sumergido sea,
y sepulten sus aguas el motivo,

de atrocidades tantas, como traje
á nuestra cara patria su atractivo.
En fin, yo espero en Dios que no pase
en esta vez por tan fatal conflicto, (mos;
y entonces quedaré mas reanimado
y á la nueva campaña ya espedito.

Chiltem. Todo se hará, señor, como lo mandas,
y una vez que ha de darse al enemigo
una accion de armas para entretenerlo,
el mando de este ataque yo te pido:
les ofrecí llegarme á sus trincheras,
y deseo ya cumplirles lo ofrecido;
y si la suerte me depara el choque
con aquel Alvarado aborrecido,
con aquel orgulloso castellano,
será entonces mi gusto mas cumplido;
pues yo le haré patente á su arrogancia
que tambien puede el mejicano brio
habérselas con él ó con cualquiera,
pues aunque el hado adverso, ó bien propi-
nos dé muerte ó victoria, no por eso (cio
habrémos menos con honor cumplido.

Se levantan los reyes y acompañamiento.

Cuauht. Vamos, amada esposa, y nuestros pasos
serán hasta el gran templo dirigidos,
donde postrados ante sus altares
imploremos, que el cielo mas benigno
nos sea en adelante, y consigamos
ver nuestra patria libre de enemigos:
en el momento de la media noche,
estareis listos para hacer camino.

Vanse los reyes y acompañamiento.

Chiltem. ¡Oh querido monarca infortunado,
á estremo tal de penas reducido!
¿quién pudiera aun á costa de su vida
dar á tu situacion algun alivio?
¡Oh dias de dolor para la patria,
para esa amada patria por quien vivo!
¿y por qué luto tanto, dioses justos?
¿qué habemos hecho á nuestros enemigos
que nacidos allende de los mares,
por la naturaleza divididos
de Méjico, por leyes, por costumbres,
y aun pudiera decirse por instinto;
sin haber recibido de nosotros
agravio alguno, sino beneficios,
y hospitalidad santa, nos persiguen,
todo lo talan, siembran el conflicto?
¿Con qué derecho Cárlos, rey extraño
quiere usurpar el trono mas florido
de nuestro continente, y dar al mundo
el ejemplo de un caso nunca visto?
que se destrocen pueblos, y aun naciones
por razones de estado ó por litigios,
ó agravio de sus reyes, vaya, pase;
pero, que nuestro Méjico escondido
á los ojos del mundo, y á ninguno
el agravio mas mínimo ha inferido,
¿por qué lo tolerais, deidades santas?
por qué no confundis al hombre inicuo
que de sangre empapando nuestro suelo,
anuncia un dios de paz, un dios benigno?
perezca, sí, perezca el sanguinario

Cortés, y todos los que siguen su partido.

Vase.

MUTACION DE SALA CORTA.

Cortés y Otalistli.

Cortés. Te vuelvo á repetir que hoy mas que nun-
tengas tu campo á punto y prevenido, (ca
por si los mejicanos temerarios
intentasen romper por él el sitio,
y salir de la plaza.

Otalistli. No lo esperen
lograr esos rebeldes fementidos
que desprecian de España la corona,
no queriendo por Cárlos ser regidos,
ni destruir esos ídolos falaces
ante la santa cruz de Jesucristo.

Cortés. Bien sabes, Otalistli, que no es otro
mi deseo, y que todo lo encamino
á que dejen errores, y conozcan
al verdadero Dios, y su bautismo
reciban: no me mueve otro resorte
sino la religion; y si consigo
que tantas almas á la iglesia vengan,
habré con esto mi deber cumplido;
pues á mi no me mueven los tesoros
ni la gloria mundana y falso brillo,
mi norte es solo Dios, y por su causa
sufro con gusto todos los peligros:
(este lenguaje hipócrita me vale,
el tener á estos pobres seducidos;
¿qué me interesa el rey, ni que el demonio
cargue á miles las almas de los indios?
lo que yo quiero, es oro, único móvil

de mi sediento corazon.) Amigo,
se acerca por momentos el deseado
lance, de que sucumba el enemigo,
siendo imposible que resistir puedan
á nuestras armas, y al horror continuo
de tanta mortandad; hemos llegado
á estrechar tanto el bien trazado sitio,
que no saldrá de Méjico ninguno
sin ser á nuestro campo conducido.

Otalist. Voy si me lo permites, á mi puesto
para estar mas alerta.

Cortés. Y de camino
te llegarás en busca de Alvarado,
y le dirás que venga á hablar conmigo.

Vase Otalistli.

De mis observaciones siempre sacó
que andan de buena fé todos los indios
que nos ayudan: grande fué la dicha
de encontrar estos pueblos desunidos,
pues á sus odios es á lo que debo
todo lo que va hecho é imagino
hacer en adelante: ¡quién creyera
que tan fácil al indio contra el indio
armar pudiera, alzando de este modo
sobre sus mismas ruinas mi edificio!

Sale Alvarado, y dice:

Otalistli me ha dicho que me llamas.
Cortés. Si Alvarado, te llamo, y necesito
recorras vigilante nuestras líneas,
porque dar el asalto determino
en esta misma noche: dile á Tapia
y Holguin, que se encaminen á este sitio.
Alvarado. Se los voy á decir. *Vase.*

Cortés. Yo no sosiego un momento siquiera.... ¡mas qué ruido!

Sale Tapia.

Cortés, los Castellanos impacientes se llegan á mi tienda de improviso; acompañados de los capitanes principales cabezas de los indios, pidiéndome el permiso de la marcha; pues desde que el asalto han comprendido, están desesperados por que llegue el momento de ver al enemigo.

Cortés. Muy buen prelude, pues marchad con y los brazos me dad: adios. (órden

Tapia. Confio en que pronto otro abrazo nos daremos, del indio emperador en el recinto. *Vase.*

Cortés. Dios lo permitirá, Tapia... Hoy es, Herde tu dicha el momento decisivo; (nando, á un golpe de fortuna van expuestas tus glorias todas, tu esplendor, tu brillo; si la suerte me ayuda, soy el hombre de mas nombre en la historia de diez siglos, y si es adversa.... pero no lo temo, antes seguro el triunfo vaticino.

Sale Holguín y dice.

Disponiendo mi gente me encontraba, y me avisan me llamas, soy contigo.

Cortés. Toma las instrucciones necesarias; *Le dá* para mas claridad te las escribo [*un papel.* y cuento, Holguín, con todo tu conato.

Holguín. Ya sabes como siempre obedecidos tus mandatos han sido, voy al punto á embarcarme, y seguir á mi destino. *Vase.*

Cortés. Sesenta horas van ya que no reposo, y mi cuerpo al trabajo endurecido

no me pide descanso; mas la mente descarguemos un tanto en el retiro, meditando tranquilo un breve rato, para volver despues al laverinto. [*vase.*]

MUTACION DEL PRINCIPIO DEL ACTO: NOCHE.

LOS EMPERADORES SOLOS.

Cuauhtem. Ahora que á Chiltemaco considero al campo del contrario ya vecino, y que el momento de emprender la marcha se va acercando; y ya que prevenido todo tenemos para que te embarques, lo harás, amada esposa; yo contigo no voy al puerto, porque mi presencia es necesaria aquí por mil motivos.

Marcha pues, y los cielos te conduzcan con buena estrella, y bajo sus auspicios con felicidad tanta, que amanezcas en la opuesta ribera, sin motivo de desason alguna; yo me quedo cercado de cuidados, de peligros, y próximo á mi fin, si no á los golpes enemigos, al aire corrompido que respiramos de infinitos muertos que en las calles y acequias hay podridos.

La matanza que antier los castellanos ejecutaron en mis pobres hijos, fué tal, que amontonados á millares por las calles están, ya los has visto; y no bastando á darles sepultura la gente destinada á este ejercicio, inficionan el aire con sus miasmas,

agregando á los males que sufrimos la peste asoladora, que en los barrios de Tlaltelolco, y otros, ha cundido á punto que enternece.

Tecuihp. Me consterna

pensar en tantos males.....¿no oyes ruido? sin duda Chiltemaco ha comenzado su accion de guerra con el enemigo.

Cuauht. Así lo creo, y es forzoso marches; tu ausencia despedaza el pecho mio.

[*Se levantan.*]

Tecuihp. Adios amado esposo, dulce dueño de toda mi alma, de mi fiel cariño, ¡con qué pena te dejo! quiera el cielo que mis presentimientos sean fallidos, pues pronostican mil fatalidades á la patria y á mí: ya me imagino que esta es la última vez que nos miramos, y que Méjico al fin, será oprimido por sus perseguidores implacables; pero con el consuelo me retiro de dejarte rodeado de vasallos que te son leales, que por tí han sabido su sangre derramar y que peleando por patria y libertad, podrán altivos, defendiendo su rey, dar á mi pecho el único consuelo apetecido.

¡Adios, amado esposo, con mis brazos recibe mi esperanza, mi cariño!



ACTO TERCERO.

SALA CORTA.

La reina sentada y acompañamiento de damas.

Tecuihp. Cuando los sinsabores se atropellan, cuando todos reunidos con empeño emprenden, cual cobardes salteadores, apoderarse de mi amante pecho; si el valor y constancia me abandonan, víctima de su saña yo perezco: pues no, vengan pesares, vengan penas, vengan, y en mi alma enuentren sufrimiento no desmayaré, sufriré altiva (to; cual pino combatido por los vientos, todos mis infortunios, dando indicio de la preclara estirpe que desciendo.

Pues si tuve por padre un Moctezuma y me unió á Cuiclahuatzin himeneo, viuda del cual apenas, soy llamada á ocupar otra vez el trono regio uniendo á Cuauhtemótzin mi destino, mostremos, alma; corazon, mostremos que mugeres cual yo, no se anonadan aun viéndose cercadas de mil riesgos: y así mis propios males olvidando me ocupo en los comunes, los del pueblo,